

Globethics Repository



Panamá [Panama]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Córdova-Claure, Ted
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-13 08:48:52
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220811

Panamá. Los motivos de Bush

Córdova-Claure, Ted

Ted Córdova-Claure: Periodista boliviano residente en Caracas. Especialista en análisis político de asuntos latinoamericanos y mundiales. Autor de numerosos libros. Es editor de la carta informativa *Orbita Bip*, de circulación internacional.

Cuando George Bush ordenó la invasión de Panamá, tenía otras razones, además de la frenética persecución de Manuel Noriega y el problema de la democracia en ese país.

Los objetivos señalados por el presidente norteamericano eran: 1) Proteger vidas norteamericanas. 2) Capturar a Noriega. 3) Ayudar al retorno de la democracia en Panamá.

En la operación que ahora está revelándose - resultó mucho más sangrienta y costosa de lo que se había planificado, perdieron la vida unos 30 soldados de EE.UU. Noriega fue capturado, pero su proceso en Miami se puede convertir en un ventilador de acusaciones sobre las operaciones encubiertas, incluso desde los tiempos en que Bush era jefe de la CIA. Negocios sucios y vínculos con el narcotráfico no serían ajenos a esas operaciones y a altas personalidades norteamericanas, como ya se percibió en el Irangate.

En cuanto a la democracia en Panamá, las patéticas limitaciones de Guillermo Endara y sus inmediatos colaboradores, que llegaron a la presidencia mucho después que los blindados de EE.UU., están señalando con dramatismo que realmente son unos lastimeros apéndices o títeres puestos allí por el general mexamericano Marc Cisneros, segundo en el Comando Sur, quien es realmente el que manda en Panamá. (Cuando a fines de enero de 1990 las tropas norteamericanas allanaron las instalaciones de Multifert, empresa del SELA para fertilizantes, y se les preguntó quién las enviaba, respondieron «el general Cisneros». Para entonces, ya Endara estaba reclamando reconocimiento y diciendo que no tenía por qué hacer elecciones).

Eran otros

Los reales objetivos de la operación irónicamente llamada «Just Cause» eran otros:

Isla Galeta, Panamá, es uno de los mayores centros de espionaje electrónico del mundo y un punto único en el planeta para desarrollar las comunicaciones de baja frecuencia de 300 kilohertz a varios metros bajo el agua con frecuencias dirigidas hacia el océano. Por las condiciones magnéticas y geológicas, parece ser el único lugar del mundo desde donde se pueden emitir señales limpias y en baja frecuencia casi indetectables a los submarinos nucleares.

La base aérea Howard es la más grande de EE.UU. al sur de México y tiene capacidad para todos los sistemas aéreos convencionales y nucleares. Desde esa base se controlan todas las operaciones de EE.UU. en el hemisferio. Es un importante punto de mando, control, abastecimiento y reabastecimiento.

Fuerte Sherman es el centro de entrenamiento en la selva más riguroso, con condiciones especiales para experimentos de supervivencia, que han sido útiles incluso para entrenamiento de los astronautas norteamericanos.

De acuerdo con los Tratados Torrijos-Carter, para fines de la década ya tendría que desaparecer la presencia militar norteamericana en Panamá y dejar ese espacio a las hasta hace poco llamadas Fuerzas de Defensa de Panamá.

El general Torrijos se había empeñado en formar unas fuerzas competentes, que pudieran demostrar que estaban en capacidad de defender el Canal, al menos de la amenaza de un ataque convencional.

La historia dirá si sólo el conservar estas tres bases ya justificaría todo el despliegue que hizo Washington con el pretexto de capturar a un solo hombre, asunto que no fue posible sino hasta que se cumplieron varios días de combate, cientos de muertos panameños y una treintena de bajas fatales del U.S. Army. Y Manuel Noriega no fue capturado en realidad se entregó de no haber sido por la sutileza del nuncio papal Sebastián Laboa, que permitió a Bush quedarse finalmente con su presa, porque lo contrario hubiera sido un fiasco escandaloso.

Destrucción del torrijismo

Para conservar el control sobre Panamá, más que a Noriega, había que destruir al «torrijismo». Y la columna vertebral de esa mística nacionalista eran los militares panameños.

Los últimos meses del 89 sugerían que, mientras más aumentaba la presión externa contra Noriega, más compacta era la unidad de los militares panameños en torno a su general. Esa situación sólo podría debilitarse por el reglamento de la Ley 20 sobre retiro de los jefes militares, como ocurrió con el fallido intento de octubre de 1989, cuando un grupo de oficiales buscó sin éxito la salida de Noriega. Esa forma de relevo era una de las soluciones contempladas en la «dictadura del cariño» que legó el general Omar Torrijos a Panamá. Pero no funcionó. Los cabecillas del intento fueron fusilados y el presidente Bush pareció que dudaba y no era capaz de responder a la emergencia.

Pero la situación era otra. Para el Comando Sur, para la Casa Blanca, esa solución de relevo de octubre 89 dentro de las FDP no era la apropiada. Otros jefes panameños hubieran continuado con la mística de Torrijos. Lo que había que hacer era barrer a las FDP, como ocurrió con la invasión del 20 de diciembre pasado.

Cierto es que no presentaron mucha resistencia, al ver las dudas de Noriega y al no haber recibido alguna consigna concreta. Pocos meses antes de la invasión, tuvimos ocasión de indagar por dentro a la institución militar panameña y sus oficiales daban la impresión de una posición sólida y firme frente a la posibilidad de una agresión estadounidense.

Mientras se realizaban las intensas gestiones de transición, el 31 de agosto de 1989, en reuniones entre la Corte de Justicia y el Palacio (presidencial) La Garza, fuimos a captar el ánimo en el cuartel central de Panamá, en El Chorrillo, el mismo que después sería destruido por los estadounidenses. A poca distancia del palacio presidencial y del mismo Canal, donde estaban apostadas las tropas norteamericanas, en la base Albrook y el fuerte Clayton, la actitud de los soldados panameños era de un tranquilo estado de alerta.

El capitán Severino Mejía, jefe de operaciones de la comandancia de las FDP, estaba a cargo de la defensa de la zona en el momento que acudimos al cuartel. Las tropas panameñas, en traje de combate y arma en ristre, mostraban el buen humor y la informalidad típica de los panameños morenos. Pero el tono de voz del capitán Mejía era firme: «Las FDP no aceptaremos que nos dicten desde EE.UU. o desde cualquier capital de afuera que el general Noriega debe irse». Los oficiales panameños indudablemente no creían en las acusaciones de las autoridades norteamericanas sobre supuestos negocios de Noriega con el narcotráfico. «Siempre sabemos lo que van a decir, lo que dicen un par de testigos que tienen, uno es un narcotraficante que cumple condena y otro el ex-diplomático panameño Blandón, un traidor-

zuelo», dijo Mejía. Esas no son pruebas, acotó. «Los norteamericanos están contra el general desde que se negó a que Panamá fuera trampolín de una acción contra Nicaragua. Eso se lo vino a pedir el asesor de seguridad John Poindexter y él lo rechazó» dijo el militar.

Oficiales como Mejía consideraban que Noriega era el verdadero fundador de la FDP, que ya el general Omar Torrijos había rescatado de un nivel muy disminuido que tenían cuando eran una Guardia Nacional de poca monta. Torrijos le dio dignidad a la fuerza y formó un pequeño ejército profesional, que según afirman ahora los voceros panameños, es lo que los norteamericanos no querían. Ellos trataron de impedir que Panamá tuviera una institución armada eficiente para mantener su argumento de la protección del Canal, explicó Mejía.

En el momento de la entrevista con Mejía, las tropas norteamericanas, acantonadas en diversas bases, se encontraban en un estado de alerta denominado «bravo». Esa es la etapa inicial antes de entrar en acción. «No podemos descartar una intervención norteamericana. Ellos podrían provocar un incidente para justificar su acción. Nosotros hemos mantenido la serenidad en todo momento, pero lo que ellos han hecho en días pasados no eran maniobras realmente, sino actos intimidatorios», dijo el capitán Mejía al referirse a ciertos roces provocados por las tropas norteamericanas por sus salidas fuera de las áreas de su jurisdicción. «Nadie conoce a los norteamericanos mejor que nosotros. Convivimos con ellos desde principios de siglo», destacó Mejía, al describir la «doctrina de alta probabilidad», que promovió el general Frederick Woerner, jefe del Comando Sur hasta mediados de 1989, cuando fue reemplazado por Maxwell Thurmond, cuyas tropas le llaman «Mad Max», el hombre que, junto a Cisneros, comandó la invasión.

Esta doctrina busca evitar las guerras de baja intensidad, es decir, «una forma de quitarle la espada al enemigo sin disparar ni un solo tiro». Ejercer presión hasta que la posición panameña ceda en la demanda principal, que era la salida de Noriega y la neutralización de las fuerzas panameñas para evitar que algún día fueran capaces de custodiar el Canal.

La «doctrina de alta probabilidad» recurre no solamente a los fusiles, sino a la desinformación periodística, al uso de los medios de comunicación con propaganda masiva y a los enormes recursos financieros. Los panameños consideran que este tipo de presión es la que se ejerció contra ellos. Hoy ha sido Noriega, mañana puede ser cualquier otro. «No somos antinorteamericanos, no somos enemigos del pueblo norteamericano, pero consideramos que ellos están desinformados. No sa-

ben que Panamá no hace otra cosa que defender su soberanía. Nosotros defendemos nuestra dignidad», dijo Mejía, que en la invasión de diciembre de 1989 fue capturado por los norteamericanos.

Se había dicho que en caso de invasión, una buena parte de los 15.000 soldados de la FDP tomarían posiciones en la montañas y en la selva. Se preparaban para una larga guerra. Ir a enfrentarlos en esas posiciones significaba hipotéticamente la apertura de un nuevo y largo conflicto al estilo de Vietnam, palabra que hoy hace temblar a cualquier presidente estadounidense con algún sentido de la historia. Pero nada de eso ocurrió.

Nueva geopolítica

La invasión de Panamá nos arrojó a 1990 con un continente latinoamericano disminuido en su importancia en el escenario mundial, en medio de una patética crisis de liderazgo. Por supuesto, Washington tomó ventaja de esta situación. El período de tolerancia aperturista hacia las iniciativas latinoamericanas ha terminado. Bush ha decidido aplicar la musculatura de la superpotencia en la región, en parte para contrarrestar críticas internas de actitud blanda, de diplomacia indecisa. Ahora seremos testigos de un permanente forcejeo entre las posiciones de Washington y de Latinoamérica. Como en las recientes relaciones de Perú con EE.UU. o en el rechazo a la visita del vicepresidente Dan Quayle. El Grupo de los Ocho, que se debilitó con la vacilante política hacia Panamá, tendrá que ejercer una fuerte presión sobre Bush en algunos puntos delicados de las relaciones en la región que, realmente, no han quedado claros. El tema de la legitimidad de Endara será tan crónico como lo fue el caso Noriega.

4 POBRES RAZONES

Mientras que Gorbachov le ofrece paz a los poderosos, Bush les está haciendo la guerra a los débiles, usando un nuevo truco ideológico como pretexto. Véase Panamá.

Los EE.UU. dieron cuatro razones y objetivos por las cuales invadieron Panamá. De ellas, tres son irrelevantes como siempre y la cuarta establece un precedente inaceptablemente aterrador. Las cuatro razones se deben rechazar. Históricamente, los EE.UU. han usado la «diplomacia de la cañonera» en Latinoamérica y el Caribe ya más de 50 veces.

La primera razón oficial para la invasión de Panamá fue la de «proteger vidas estadounidenses» allí. La credibilidad de este pretexto fue reducida, porque este grito que viene el lobo ya se usó en América Latina. Este pretexto pierde toda credibilidad cuando los EE.UU. convenientemente dejan de intervenir para proteger a sus ciudadanos que son asesinados en El Salvador y en otras partes en el extranjero. Por lo demás, el peligro que corren las vidas estadounidenses es cien veces mayor cada día y noche en Washington D.C., «la capital del asesinato» y en otras ciudades en los EE.UU. a las cuales Bush apenas ha llevado su política de proteger vidas norteamericanas y su guerra contra la droga (la cual él prefiere hacer en un campo de batalla ajeno). Además, los sin casa en las ciudades dentro de los EE.UU. estaban más expuestos a la muerte por la ola de frío ártico en diciembre de 1989 que ningún estadounidense lo estaba en Panamá a causa de la ola de calor político eso es antes de la invasión estadounidense - que le costó la vida a 26 de sus ciudadanos.

La segunda razón oficial fue la de la «restauración de la democracia» en Panamá. La credibilidad de este pretexto fue reducida, debido a que los EE.UU. convenientemente no intervinieron para restaurar la democracia ni en Chile ni en Guatemala, donde la misma había sido destruida con poder militar apoyado por los EE.UU. Sería difícil contar a cuantos regímenes no y anti-democráticos los EE.UU. han apoyado, sin duda también serían más de 50. La instalación del Gobierno de Endara en Panamá a punta de bayonetas norteamericanas en una base militar de EE.UU. disminuye la credibilidad de la estimación estadounidense por la democracia en Panamá y la del mismo gobierno de Endara. Así lo hace también la posteriormente autodeclarada incapacidad de Endara para gobernar frente a la todopoderosa ocupación norteamericana. La destrucción gratuita de vidas y barrios panameños, de la economía y leyes del mismo país con la indiscriminada e irresponsable manera en que el poder militar estadounidense ha bombardeado, incendiado, disparado y aterrorizado, además del prepotente descuido de los derechos humanos e individuales panameños tampoco augura bien para la credibilidad de la estimación estadounidense por la democracia en Panamá o para la Humanidad allí o en otro lugar.

La tercera razón y justificación oficial para la invasión de Panamá fue de «asegurar el funcionamiento del Canal de Panamá» de acuerdo a las obligaciones establecidas en el tratado. Sin embargo, fueron los EE.UU. mismos que, después de su invasión, por primera vez en la historia del Canal suspendieron y después restringieron su funcionamiento por razones que no sean de fuerza mayor.

Además, mientras que el Tratado claramente distingue entre la Toma del Canal y Panamá misma, las fuerzas armadas estadounidenses violaron esta distinción y el mismo Tratado. Aún peor, el jefe de las Fuerzas Armadas estadounidenses en la Zona echó sal a las heridas al tratar de justificar estas acciones con la supuesta razón que «según el Tratado, nosotros tenemos pleno derecho de estar aquí» en Panamá mismo. Por lo tanto, también esta justificación carece de credibilidad.

La última, y la más creíble, razón oficial fue «para apresar y después procesar a Noriega» en Miami. Sin embargo, por mucho que Noriega justamente e indiscutiblemente merece responder por los crímenes y otros males de los cuales se le acusa, los muchos males mayores de la invasión militar de un país y de su población no pueden llamarse buenos pues dos males no hacen un bien.- Esta supuesta razón y acción injustificada primero ocultan y finalmente revelan otra serie interconectada de razones muy inquietantes de la invasión estadounidense a Panamá, que están saliendo poco a poco a la luz pública.

U.O.

Washington tratará de mantener su hegemonía en Latinoamérica, pero con otros objetivos, ya que virtualmente ha desaparecido el fantasma de la expansión del comunismo digitado desde Moscú. Ya no se trata de una hegemonía ideológica, aunque igual tiene que ver con problemas de seguridad. Ahora los asuntos que amenazan, desde el punto de vista de Washington son:

1) El narcotráfico, que según denunció el propio Bush el año pasado, es la principal amenaza para la sociedad norteamericana. El punto de vista norteamericano es que hay que atacar antes las fuentes de producción, que están dispersas en toda la geografía de América Latina y el Caribe. Por razones de política interna, se evita una ofensiva a fondo a la distribución (mafias que operan en EE.UU.) y al consumo interno. Se considera que una acción local muy rígida podría ir incluso contra los derechos civiles de los estadounidenses. Se impone entonces librar la «guerra al narcotráfico» fuera de sus fronteras.

2) La deuda externa, cuyas complicaciones, según se ha visto en Venezuela, Argentina y República Dominicana, pueden desatar explosiones sociales que podrían ser incontrolables para las fuerzas de seguridad de algunos países. Por esto, EE.UU. mantiene tropas listas no sólo para combatir los focos del narcotráfico, sino para ayudar a apagar esas eventuales insurrecciones de las masas hambrientas. Pero

Washington también se está preparando para el momento en que un grupo de naciones, o todas, acosadas por la crisis, decidan no pagar la deuda externa que pasa de los US\$ 400. 000 millones. Una situación así provocaría tal caos en el sistema financiero de EE.UU., dicen algunos expertos, que podría generar la urgencia de presión militar para obligar a los deudores a cumplir con sus obligaciones.

3) Los conflictos de baja intensidad por disputas fronterizas o por la emergencia de grupos subversivos por motivos étnicos (como Sendero Luminoso), o hasta por razones ecológicas o de protección de interés de la comunidad internacional, en los cuales pudiera ser necesaria la intervención de una «task force» de EE.UU.

Son tres razones principales de la nueva geopolítica regional. Por este motivo, era vital para Washington seguir manteniendo el control de Panamá y eliminar el foco de rebeldía en que parecían poder convertirse las Fuerzas de Defensa panameñas. Otros desplazamientos, probablemente prematuros, como la frustrada (¿o postergada?) operación de controlar barcos y aviones procedentes de Colombia, parecen formar parte de ese esquema de Bush.

Tiempos difíciles han recommenzado en las relaciones entre Washington y América Latina, con la «doctrina Bush».